

ANDRE SIEGFRIED Y LA UNIVERSIDAD

Por ALFONSO GARCIA ROBLES

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del siguiente estudio, que es un capítulo inédito de un libro titulado "COMO VIO A MEXICO ANDRE SIEGFRIED". Las ideas del gran escritor francés tienen una gran actualidad universitaria, dada la alta autoridad intelectual del eminente catedrático francés, y constituye un testimonio del criterio amplio de este periódico, ya que se publica también un artículo del Lic. Mendieta y Núñez con criterio opuesto.

EN una de esas mis conversaciones con M. Siegfried, que juntaban a lo higiénico de la marcha—"el más sano de los deportes", que alguien ha dicho—la ventaja fundamental de permitirme hablar sin limitación estricta de tiempo con alguien que, como él, no dispone libremente de esa preciosa mercancía, abordé el tema universitario.

Mi distinguido interlocutor tiene indiscutiblemente autoridad para hablar al respecto. Es profesor en el Colegio de Francia, fundado por Francisco I, en 1530, para crear la enseñanza de varias materias que la Universidad cerrada y decadente del siglo XVI se rehusaba a impartir, y que es hoy uno de los más importantes centros de cultura e investigación científica con que cuenta Francia en el terreno de la educación superior. Y, por si no fuera bastante, es también profesor en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, que fundara en 1871 Emile Boutmy con el propósito de preparar técnicamente a quienes se destinan a la vida pública, y por cuyas aulas han pasado la inmensa mayoría de los hombres que han llenado y llenan los cuadros políticos y administrativos de Francia.

Además, ha tenido ocasión de conocer bien la organización universitaria en la América Latina, sus ventajas y sus lagunas. En su libro "América Latine", refiriéndose sin duda a las universidades dependientes del Estado, expone como una de las causas de la falta de cohesión social de que adolecen los países latinoamericanos, el hecho de que "las universidades, periódicamente trastornadas en su personal por las crisis políticas, no logran conquistar la autoridad moral que les permitiría resistir a los abusos".

—"¿Que qué pienso de la Universidad Nacional Autónoma de México?, me dice, respondiendo a mi interrogación. Que, si sabe guardar una actitud equilibrada, se encuentra en una magnífica posición para llenar su función de máxima institución de cultura. Yo soy opuesto a la concepción de una Universidad dogmática de Estado. Toda cultura verdadera requiere una base de universalidad y puede construirse solamente mediante la libre investigación. En las cátedras de la Universidad de París o en las del Colegio de Francia, existen, como usted bien sabe, representantes de todos los credos y todas las tendencias. Y yo creo que esa variedad está lejos de perjudicar a los resultados.

"Además, me parece que la autonomía de una institución de educación superior crea el clima más favorable para su desarrollo. Fomenta y mantiene el espíritu de cuerpo y de autodisciplina y da una estabilidad indispensable para todo trabajo serio en el orden cultural y científico, manteniéndola alejada de los vaivenes de la política. Vea usted el caso del Colegio de Francia. Es absolutamente independiente en su gobierno. La asamblea, formada por la totalidad del profesorado, tiene el poder legislativo. La ejecución de sus decisiones está a cargo de un comité que comprende un administrador y un vicepresidente, nombrados por tres años, y un secretario que dura un año en funciones. Los tres deben ser electos por la asamblea entre los profesores de la Institución.

"Pero, si soy partidario de la libertad de cátedra y de la autonomía, juzgo también que ellas no deben ser desnaturalizadas en su esencia y servir para convertir la Universidad en un centro de oposición al Gobierno. Y ello por dos razones principales: la primera, porque la misión de la Universidad es y debe ser ajena a la política de partidos, y la segunda, porque ése es un método infalible para matar la libertad de una institución, dado que un Gobierno que encuentra en ella un nido de agitación política en

su contra, aprovechará la primera ocasión para quitarle la autonomía y someterla a su dominio”.

Monsieur Siegfried se detiene un momento frente al escaparate de una de las librerías del bulevar Saint Germain, que en ese momento recorremos, para echar una ojeada a las novedades que “viennent de paraitre”, como reza el rotulito de rigor. Cuando reanudamos la marcha, paso a otro punto del mismo tema. En París, el papel de los estudiantes en el gobierno universitario es casi nulo. Se reduce a la participación en el Consejo Universitario de dos delegados electos por cada Facultad, cuando la máxima Asamblea universitaria tiene que juzgar alguna cuestión de carácter disciplinario. Yo pregunto a M. Siegfried su opinión sobre el sistema en vigor en México, que acuerda a los estudiantes una intervención de primer plano.

—“Examinando, en concreto, el caso de México—me contesta—y a juzgar por los datos que yo pude recabar, creo que ha dado muy buenos resultados. La participación estudiantil comunica a la Universidad un sople renovador que impide que ésta se anemie y esclerose. Además, parece que antes de la total autonomía universitaria, había algunos profesores que lo eran tan sólo porque sus nombres figuraban en las listas, dado lo avaros que se mostraban para hacer acto de presencia en los cursos a su cargo. Y en esos casos, según me decían muchos universitarios, el control de los estudiantes se mostró saludable y depurador.

“Mas, también en lo que toca a la actuación estudiantil, opino que es indispensable, como antes le decía, respecto a la Universidad, evitar cuidadosamente el escollo de la política. Mientras estaba en México (septiembre de 1935), me tocó ser testigo de la ocupación de la Universidad, llevada a cabo por una fracción estudiantil, que según parece, no perseguía sino el crear agitación, con fines políticos. Aquí mismo, en París, habrá tenido usted ocasión de percatarse, con los disturbios ocasionados por el “affaire” Jéze, de lo dañino que resulta el querer resolver los asuntos puramente universitarios, basándose en simpatías o antipatías de carácter político”.

En efecto, el “caso Jéze” a que alude M. Siegfried, y que causó gran revuelo en París, a principios del año en curso, es un ejemplo elocuente de los pésimos resultados que da la intrusión de las pasiones políticas en la Universidad: M. Gastón Jéze, cuyo nombre es mundialmente conocido, aceptó el puesto de consejero jurídico de Haile Sélassié, durante el conflicto italo-etíope. Ello bastó para que los estudiantes de extrema

derecha (Acción Francesa, Juventudes Patriotas, etc.), que habían tomado partido por Mussolini, quisieran obligarlo a renunciar a su puesto de profesor en la Facultad de Derecho, dirigidos desde la sombra por políticos que buscaban únicamente aprovecharse para sus fines del dinamismo irreflexivo de la juventud. Frente a la firme actitud de las autoridades universitarias, comenzaron las manifestaciones de violencia y de desorden. Hubo bombas pestilentes y lacrimógenas, heridos y contusos en regular número, la Facultad se vio varios días en estado de sitio, rodeada por fuertes destacamentos de guardias, fue cerrada temporalmente y estuvo a punto de serlo por todo el año. El único resultado de una tal agitación fue el inevitable trastorno en los estudios y la pérdida de tiempo ocasionados a la mayoría estudiantil, que no tenía vela en el entierro, ni quería mezclarse en un asunto que ni de lejos tocaba a la Universidad.

Pero, si la Universidad, y los universitarios como grupo, deben apartarse de la política de partidos, ello no quiere decir que deban aislarse del medio en que viven, ni desinteresarse de la vida de la nación. Ortega y Gasset ha escrito, con razón, en “La Misión de la Universidad”: “La Universidad tiene que estar también abierta a la plena actualidad; más aún: tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella. Y no digo esto sólo porque la excitación animadora del aire libre histórico convenga a la Universidad, sino también, viceversa, porque la vida pública necesita urgentemente la intervención en ella de la Universidad como tal”. Cito a M. Siegfried las anteriores palabras del pensador español, lo mismo que las que escribía no hace mucho el licenciado Chico Goerne: “La Universidad de hoy ambiciona, sobre todo, ser un organismo vital, fundido en la existencia del país, palpitando con él, conviviendo con él sus inquietudes y sus ideales”. Le hablo también de la labor desarrollada por el actual Rector de la Universidad Nacional Autónoma para hacer una realidad de esa ambición; de los trabajos de los cuatro Institutos universitarios de investigaciones biológicas, sociales, geológicas y estéticas, lo mismo que del Departamento de Acción Social. Y mi distinguido interlocutor aprueba con convicción:

—“Sí—me dice—. Yo creo que esa intervención de la Universidad en la vida pública es necesaria. Y en México y los Estados de la América Latina, tal vez más que en otras partes, ya que como países jóvenes, en vías de desarrollo, tienen más que ningunos otros necesidad de la importante aportación técnica y cultural de la Universidad”.